

**Situación general del país. Batallas operaciones del general Díaz.  
Tlaxiaco. Lo de Soto. Jamiltepec y Putla.**

1866

Los sucesos de la guerra se atropellaban; una reacción poderosa sacude á la República al comenzar el año de 1866, y es preciso, para mejor comprender los acontecimientos especiales que relatamos, dar una idea, aunque sea somera, de las condiciones generales del país.

Maximiliano estaba en la inteligencia de que había de disminuirse gradualmente el número de las tropas francesas; y no obstante que se habían reembarcado para Europa 4.000 hombres del ejército invasor, no cuidaba de la organización militar en México, á pesar de que el general Díaz, en el Oriente, se hacía sentir del modo que dejamos expresado; que el general Escobedo, servido por los coroneles Treviño (1) y Naranjo, hacía la guerra en los Estados del Norte; que el general Corona bravamente alcanzaba éxitos con sus fuerzas en Sinaloa y Sonora, y que Régules y Riva Palacio se sostenían, aunque con afán, en el interior de la República.

Iba terminando el año de 1865, y los Estados Unidos del Norte de América estaban para concluir su guerra civil; y tanto Napoleón como Maximiliano, que habían intentado el reconocimiento del imperio mexicano por aquella nación, no habían obtenido más que la declaración de que esa República sólo reputaba como autoridad legítima de México la que representaba el presidente Juárez. Tras esto se hallaba la amenaza del inmenso ejército que quedaba sobre las armas al finalizar aquella gigante lucha del pueblo anglo-sajón, pueblo cuya influencia en la América latina había pretendido aniquilar Napoleón, al intentar establecer un imperio dependiente de Francia en este Continente.

Las notas diplomáticas entre el emperador de los franceses y el gabinete de Washington tomaron una forma cada vez más hostil; y Bazaine, en Julio, hasta llegó á colocar sus fuerzas en condiciones de evitar colisiones en la frontera de los Estados Unidos y defenderse en el interior.

Como quiera que fuese, importaba acabar con el núcleo de legítima resistencia que Juárez representaba en México, desde Paso del Norte (Ciudad-Juárez). Así las cosas, Maximiliano expidió el

(1) El coronel Treviño, al desaparecer con su fuerza del Estado de Oaxaca, tras larga y penosa travesía, que ejecuta con ella, se presenta en el Estado de Nuevo-León.

3 de Octubre de 1865 un decreto terrible, declarando bandidos á los defensores de México, para que, sin más que la identificación de sus personas, pudieran ser fusilados al aprehendérselos. Conforme á tan bárbara ley, se manda pasar por las armas, el 21 del propio mes, en Uruapam, á los patriotas generales Arteaga y Salazar, y coroneles Villagómez, Díaz Paracho y Pérez Milicua, que había hecho prisioneros el general traidor D. Ramón Méndez al derrotarlos en el camino de Tancitaro. No fué esto, sin embargo, motivo de represalias, y Riva Palacio ajustó con el jefe francés el canje de 189 soldados y oficiales belgas.

La cuestión diplomática entre los Estados Unidos y Francia terminaba en tanto, ofreciendo Napoleón, al comenzar el año de 1866, retirar sus tropas de México.

En el terreno ensangrentado de las armas, donde la guerra paseaba sus pendones, los republicanos, que tanto sacrificio habían consumado, lograban triunfos, que bien merecían por su perseverancia y valor.

Corona, al empezar el año de 1866, ilustraba sus campañas con las acciones de Palos-Prietos y El Presidio; Chihuahua, abandonada por los franceses á la guarnición de traidores, sufre la derrota que consume el general Terrazas; García de la Cadena levanta por segunda vez el estandarte de la insurrección en Zacatecas; Viesca vence á tropas imperialistas en Parras, y de acuerdo con el coronel D. Jerónimo Treviño, da la acción de Santa Isabel contra una columna francesa, que deja en poder de los vencedores 79 prisioneros. Con motivo de esa derrota de Santa Isabel, el mariscal Bazaine dispuso que sólo con tropas mexicanas debían hacerse expediciones aisladas.

El emperador francés daba órdenes á Bazaine para que, con el carácter de voluntarios, quedasen en México, después de su salida, algunos soldados franceses, á los cuales se unieran belgas y austriacos, pudiendo así dejarse á Maximiliano un ejército de 50.000 hombres. Se contaba al efecto con 8.000 infantes y 2.000 caballos de tropas permanentes mexicanas; 27.000 hombres de tropas auxiliares, entre las cuales estaban las de Lozada; 8.000 de la legión extranjera, y 5.000 voluntarios que debían venir de Europa. Tal ejército tendría la dotación de 662 cañones de sitio y de batalla.

No era Maximiliano para amalgamar aquellos heterogéneos elementos militares, que tendrían que deshacerse en sus manos. Además, aquellos calculados 27.000 hombres de tropas auxiliares, bien contados se reducirían á 12.000.

Por otra parte, el gobierno americano dió órdenes á su ministro en Viena para que, si el emperador de Austria permitía que se embarcasen los voluntarios que se habían reunido para ser transportados á México, rompiera sus relaciones con aquel gobierno; lo cual obligó al citado emperador, que se encontraba en dificultades con Prusia y no estaba en posibilidad de complicarse en otras nuevas, á prohibir, con fecha 6 de Mayo, el embarco de los voluntarios.

El presidente Juárez repartía los grandes mandos, dando el de los Estados de Oriente al general Díaz, el de los Estados del Norte al general Escobedo, el del ejército del Centro al general Régules, y el de los Estados de Occidente al general Corona.

Ángel Martínez había derrotado á los imperialistas en la capital de Sonora.

El general Escobedo, derrotando al general Olvera en Santa Gertrudis el 15 de Junio, le arrebató un rico convoy.

Mejía, en Matamoros, con poca fuerza, quedó precisado á ajustar una capitulación, el 23 de Junio, dejando allí cuarenta y tres cañones. Esa fuerza se transportó á Veracruz.

Al emperador Maximiliano le produjo gran angustia la noticia de tantos sucesos desgraciados.

Napoleón estaba obligado á dejarle en México, hasta 1868, la legión extranjera, compuesta de 8.000 hombres, y un tratado secreto le comprometía á auxiliar á Maximiliano con 12.000 franceses por algunos meses más, después de la retirada general del ejército, que estaba para efectuarse; pero cuando se habían contraído aquellas obligaciones, no se contaba con el apremio de la república de los Estados Unidos, que, sofocada su guerra civil, contaba con 400.000 soldados. Así, pues, de aquellos 20.000 hombres con que Maximiliano se hacía la ilusión de poder contar por un breve espacio más de tiempo, sólo le dejarían unos 3.000 voluntarios. En tales condiciones el emperador de México, y sin metálico para afrontar los gastos que le abrumaban, parecía que lo indicado para él por la situación era renunciar voluntariamente la corona. A ello tendían las insinuaciones más ó menos indirectas de su aliado el emperador de los franceses. Pensó efectivamente en abdicar, pero su situación era difícil y optó por quedarse en México, entregándose al partido conservador, que le era poco simpático.

Bazaine, entretanto, desde Junio había marchado al interior, para abreviar la concentración de sus tropas. Los franceses abandonaban los lugares lejanos, y gradual y sistemáticamente iban replegándose hacia México.

El 17 de Junio de 1866, Juárez, con su gobierno, regresó á Chihuahua para no retroceder más.

El 15 de Agosto, el gobierno imperial nombró un gabinete ultra-conservador, presidido por don Teodosio Lares, y éste empezó luego á procurar que su programa de reacción se realizara.

A fin de relacionar cuanto hemos expuesto de carácter general con la situación del Oriente, necesitamos retrogradar á los primeros días del año de 1866, en que el general Díaz nos expresa en su Autobiografía cómo ejecutaba las operaciones en Oaxaca. Dice:

«Sabido, en los primeros días de Enero de 1866, que en Silacayoapan, lugar importante, había una fuerte guarnición austriaca, con el fin de hacerla abandonar aquel pueblo amagué á Tlaxiaco; logré mi objeto, y así ocupé al citado Silacayoapan. Luego volví nuevamente sobre Tlaxiaco, tiroteé á su guarnición dos días, el 5 y 6 de Enero, procurando dar lugar á que saliera á batirme á campo raso, á donde la atraía haciendo falsas retiradas, después de entrar con mi caballería á las calles del pueblo, que estaba fortificado; mas no logré mi objeto, y como supe que venían refuerzos considerables, y que estaban ya á cinco leguas de Tlaxiaco, tuve que retirarme un tanto de aquel pueblo, sin dejar de tenerlo en jaque. El 28 del mismo Enero rechacé una partida de traidores, que asaltó á Silacayoapan, muriendo su jefe.

»Hice otros movimientos que no fueron de trascendencia, á causa de los pocos elementos de que podía disponer, comparados con los del enemigo, que los aumentaba escarmentado con los triunfos que sobre él obtuve. La guarnición de Tlaxiaco fué reforzada con 400 traidores y 100 austriacos, pero aun así no se decidía á perseguirme. Como quiera que fuese, ya se concentraba gran número de tropas en Oaxaca, con el fin de anonadarme al peso de su masa.»

Al general Díaz no le faltaban hombres, pero sí recursos para mantenerlos, pues no quería gravitar inconsideradamente sobre los pueblos donde hacía la guerra, cuyas simpatías á la causa eran tan beneficiosas. Así es que se veía en el caso de sostener sólo una pequeña brigada sobre las armas, y como no había quitado al enemigo todas las necesarias para su fuerza, se valía del recurso de construir lanzas, para algunas de sus tropas de caballería que carecían de todo.

Estando en Atoyaquillo, del Estado de Oaxaca, recibía el 2 de Febrero de 1866 las disposicio-

nes del Gobierno por las cuales se le reponía, con fecha 12 de Noviembre del año anterior, en su mando de los Estados de Oriente, que se apresuró á devolverle el señor Juárez, desde que le fué anunciada su evasión, por conducto de la legación mexicana en Estados Unidos, y á la cual dió aviso de que iba á efectuarla el licenciado D. Justo Benítez.

El general D. Alejandro García, cuyo cuartel general estaba en Tlacotalpam, del Estado de Veracruz, después que hubo substituído al general Díaz mientras estuvo prisionero, quedó como su segundo en jefe al ponerse Díaz en campaña, y al efecto, se habían librado por el gobierno general las órdenes relativas.

Expuesto lo anterior, volvamos á copiar lo que sobre los sucesos de la época dice el general Díaz en sus apuntes:

«Estando en Tlapa supe que una columna mandada por el general D. Juan Ortega, procedente de Oaxaca, trataba de penetrar al Estado de Guerrero por Jamiltepec y Pinotepa, y que traía armamento para organizar un batallón, que se llamaría batallón de Jamiltepec.

»Auxiliado por el general Álvarez con una fuerza de guardia nacional de 200 hombres, que mandaba el coronel D. Antonio Reguera, emprendí mi marcha por Ometepec hacia Jamiltepec, con objeto de encontrar á Ortega; y estando acampado en una ranchería que se llama Lo de Soto, el 25 de Febrero de 1866, la avanzada que tenía sobre el camino, á tres leguas, y compuesta de vecinos armados, abandonó su puesto, sin replegarse al campamento, y por consiguiente sin que yo pudiera tener aviso oportuno de la presencia del enemigo, de la que me di cuenta cuando ya hacía fuego sobre mis soldados.

»Al oír los primeros tiros, salí de un jacal que me servía de alojamiento y me encontré con la caballería contraria á muy corta distancia, que comenzó á dispararme sus armas. No tuve más recurso que volver al mismo jacal; tomé mis pistolas, que estaban en mi montura, y me abrí paso rompiendo por la parte posterior la pared del jacal citado, que era de mimbre, é hice otro tanto con otros dos que seguían hacia atrás, porque al entrar sucesivamente en cada uno, mis perseguidores iban ocupando el frente. Cuando salía de la última horadación, encontré por accidente á un oficial con diez hombres montados y armados, que horas antes me había pedido permiso para ir á bañarse al río, distante cosa de una legua, y que regresaba en esos momentos; tomé su caballo, y con esos diez hombres cargué sobre el enemigo, eficazmente secundado por algunos soldados del batallón Fieles de Oaxaca, que con el teniente coronel D. Martín Rivera, habían ocupado un pequeño promontorio que estaba en el centro de la ranchería, y desde donde hacían certeros fuegos sobre la caballería enemiga. Con tal ayuda pude hacerla retroceder hasta pasar una barranca, único paso que tenía, y que era por donde ella había podido llegar á mi campo sin ser sentida, sólo porque la avanzada á que he aludido no cumplió su cometido.

»Una vez que logré arrojar la caballería enemiga al otro lado de la barranca, permanecí defendiendo el estrecho; pero á poco se me incorporó el teniente coronel D. Marcos Bravo, con veinte hombres, que hasta esos momentos habían podido ensillar sus caballos, y pocos instantes después se me presentó el teniente coronel D. Bernardino García con otros cien más.

»Así reforzado, pasé la barranca, poniendo en retirada á la caballería enemiga, que perseguí hasta el rancho del Alacrán, donde ya no pude continuar por haberse incorporado á su infantería y artillería, que constituía el núcleo principal de la fuerza enemiga. Entonces comencé á retroceder, y ordené que el general Leyva, que había organizado la infantería nuestra, marchara á Los Horcones,

rumbo á Ometepec, pues en ese lugar podría presentarse acción con ventaja. Una vez en Los Horcones yo también, me coloqué en condiciones de resistir un ataque; pero el enemigo no lo intentó y volvió para pernoctar en Lo de Soto, quedando nosotros en Ometepec.

»En ese día, el contrario había tenido seis ó siete muertos y algunos heridos, y nosotros sólo perdimos tres hombres y al teniente D. Manuel Aburto, que por estar gravemente enfermo, y no haberse acordado de él sus compañeros, que fueron los más desmoralizados en el momento de la sorpresa referida, lo dejaron en su cama, donde fué asesinado. Pero si bien es cierto que en ese respecto tuvo el enemigo más pérdidas, la fuerza suriana que venía en mi auxilio se dispersó en su mayor parte y ya no conté con ella.

»A virtud de todo lo ocurrido, pasé á acamparme á los bajos de Quetzala, con objeto, en mi carencia de recursos, de aprovechar los pastos para los caballos, y la pesca para mis soldados. Permanecí en aquel lugar una semana, mientras me llegaban algunos auxilios remitidos nuevamente de La Providencia por el general Álvarez, á quien avisé lo ocurrido en Lo de Soto. Al arribo de unos doscientos infantes que él me envió, emprendí la marcha otra vez sobre el enemigo, sorprendiéndole un destacamento de cuarenta ó cincuenta soldados que tenía en Pinotepa.

»La fuga de este destacamento desmoralizó mucho á las tropas de Ortega, que se habían acantonado en Jamiltepec, á donde llegué horas después que los muy pocos que pudieron huir de Pinotepa, en los momentos en que Ortega acababa de abandonar la población.

»Lo perseguí; pero mi persecución, á virtud de que se me atravesó un río, no pudo ser muy larga, aunque sí fructuosa por la dispersión que le causé, y por las armas y municiones que dejó en mi poder.

»A mi regreso á Jamiltepec, el 13 de Abril de 1866, encontré 400 fusiles que había dejado Ortega escondidos en su salida precipitada, cuyas armas estaban todavía con el empaque de la fábrica, y después recogí otras muchas que había puesto en manos de reclutas que huyeron con ellas para sus pueblos; pero como Ortega había dejado sus papeles abandonados en su alojamiento, yo tuve en mis manos las listas del reparto de armas, y así pude reclamarlas á los que las tenían, con lo cual logré adquirir unas quinientas, incluyendo en ese conjunto las antes recogidas. Estas armas eran de sistema *Enfield*, mejores que unas que el general Álvarez me había antes prestado, y que le devolví entonces dándole las gracias, porque por lo pronto no tenía bastante gente para usar todo el armamento.

»Contenido así el avance de Ortega, se volvió derrotado hasta la ciudad de Oaxaca.»

Ya se vé cómo nuestro biografiado no se desmoralizó por la personal sorpresa sufrida en Lo de Soto; cómo, allí mismo, apenas salta sobre un caballo, con diez hombres se revuelve contra el enemigo, y ayudado por fuerza de infantería lo hace retroceder, y organizando el resto de las fuerzas toma posiciones ventajosas, provocándolo á un combate; cómo descansa unos días, y reforzado se lanza decididamente sobre los contrarios, los derrota y les quita el armamento, que desde un principio motivó su expedición contra ellos.

Sentirse herido por fuerzas que penetran al campamento propio, erguirse al golpe y devolverlo, y correr á desafiar al núcleo principal, tomando posiciones, y luego replegarse y reforzarse, para volar en seguida á despedazarlo. Tal es la síntesis de la lucha contra las fuerzas superiores en número del general Ortega.

Sigue el general Díaz operando en los meses de Abril y Mayo. Cedámosle la palabra:

«Permanecí dos ó tres días en Jamiltepec para dejar medianamente atendidos nuestros heridos, arbitrar recursos y salir rumbo á Oaxaca, sobre las huellas de Ortega; pero habiendo tenido noticia de que en Putla había un destacamento de alguna importancia, me dirigí á ese pueblo, á campo traviesa, sobre la montaña, hasta caer en el valle de Putla. Por los primeros aldeanos que encontré en ese valle, supe que el destacamento había marchado el día anterior á las órdenes de un español apellidado Ceballos, mayor de caballería. Esta noticia me animó á acelerar el paso con sólo mi estado mayor, para ganar algún tiempo, á efecto de proporcionar víveres á la tropa con algunas horas de anticipación.

»Había yo agregado á mi citado estado mayor todos los jefes y oficiales recién incorporados, á quienes no podía todavía colocar en filas. En consecuencia, formábamos todos un grupo de más de treinta hombres. El capitán D. Carlos Pacheco, que después fué general de división y secretario de Fomento y de Guerra, y el mayor D. Juan de la Luz Enríquez, que llegó á general de brigada y á gobernador del Estado de Veracruz, figuraban en aquel estado mayor.

»Al tocar la población de Putla, en concepto de que estaba desocupada, vi por una de las calles atravesar rápidamente á un hombre con una banderola roja, y me pareció que sería algún rezagado del enemigo. Con intención de aprehenderlo, dispuse que al galope un grupo de oficiales entrase por un lado de la plaza, y otro conmigo por el lado opuesto, tomando al efecto ambos dos calles paralelas; mas nuestra sorpresa fué grande al encontrar en aquella plaza formada toda la fuerza de Ceballos, que nunca supuso que los que así nos le echábamos encima fuésemos unos cuantos, y haciéndonos fuego, se puso en retirada para Tlaxiaco. Aprovechamos las circunstancias, y sin comprometernos grandemente, disparamos nuestras pistolas sobre aquellos 200 hombres, los que más se amedrentaron al llegar á la orilla de la población por distinguir en el camino la caballería de Leyva, que á todo escape venía á socorrernos, luego que oyó nuestros tiroteos. Con esa caballería mandé en el acto perseguir á los que huían.

»Por tal manera ocupamos á Putla, de donde me dirigí nuevamente á Tlapa, porque el general Álvarez me dió aviso de que amagaba el enemigo otra vez el Estado de Guerrero. Estando allí se me presentó un comisionado de Visoso, quien había sido procesado por el gobierno imperial en virtud de las derrotas que sufrió, ofreciéndome los servicios de aquél, los cuales acepté con la condición de que no viniera solo, sino con alguna fuerza, y haciendo antes alguna clara manifestación que me diera garantías de su buena fe en aquel trance.

»A virtud de tal contestación, pocos días después Visoso salió furtivamente de Puebla y se dirigió en la noche á Chiautla, en cuya guarnición tenía simpatías. En la misma noche, previo acuerdo con la gente que formaba esa guarnición, se sublevó, matando al jefe político y comandante militar del punto.

»Mandó poner en mi conocimiento ese suceso, y yo protegí su incorporación con una marcha hasta el pueblo de Chila de la Sal. Visoso llevaba cerca de doscientos hombres y un obús de montaña.»

A la sazón que pasaba lo relativo á Visoso, al general Díaz le preocupaba el desconocimiento que González Ortega hizo del gobierno del señor Juárez, pretendiendo que debía recaer en él, por no haberse hecho elecciones, y ser el citado González Ortega presidente de la Suprema Corte de Justicia. La falta de comunicación motivó que tal asunto no hubiera sido antes conocido y considerado por el general Díaz.

En aquellas circunstancias se reputó por dicho general Díaz, y todos los caudillos de la República, como una traición á la causa el incidente provocado por el presidente de la Suprema Corte, dado que podía tener muy graves trascendencias en momentos en que nadie como el señor Juárez podía empuñar la bandera de la República, tomando en cuenta su alto prestigio.

Felizmente, el disidente González Ortega no tuvo eco y se limitó á lanzar protestas desde los Estados Unidos, donde se refugió.

El señor Juárez expidió un decreto, prorrogando el período de su gobierno hasta que pudieran tener efecto las elecciones relativas en el país.

Con motivo de todo ello, que le fué comunicado al jefe del cuerpo de ejército de Oriente por nuestro ministro en Washington, escribía á éste dicho general en jefe lo siguiente:

«Mayo 19 de 1866.—Señor D. Matías Romero. Washington.

»He hecho publicar aquí los decretos del Gobierno.

»El primero, relativo á la prórroga del período constitucional del Presidente, se ha recibido con notable satisfacción. Es inútil hablar de mis opiniones, porque siempre las revela mi conducta, que consiste en la obediencia absoluta, ó en mi absoluta separación de toda posición oficial cuando mis convicciones no me permiten estar de acuerdo con la política que se sigue.

»En el presente caso, el paso dado por el Presidente, no sólo me parece oportuno, sino la única conducta que puede conducir á la salvación de la República.

»El decreto que dispone sean encausados el general González Ortega y demás jefes y oficiales que se hallen en igualdad de circunstancias, está, á mi juicio, bien fundado en la ordenanza militar y en los usos de la guerra.

»Creo, por tanto, que el Gobierno no ha hecho más que cumplir con su deber sobre este particular.

»Su afectísimo servidor y amigo: *Porfirio Díaz.*»

Dadas las dimensiones de los capítulos de este libro, no podemos en el presente, al hacer la relación de los hechos del general Díaz, llegar á poner en paralelo la misma, por lo que toca al tiempo, con los sucesos generales del país, de que hemos dado cuenta, y que alcanzan al último tercio de 1866; con tanta mayor razón, cuanto que los meses relativos de esa época son de los más azarosos en la vida de nuestro biografiado. Así es que dejamos para el siguiente capítulo la reseña correspondiente á ellos, de la cual ha de partir la de los más gloriosos y trascendentales triunfos realizados por el general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente.

